

contempló en las nubes, entre las sombras de los guerreros, otra más belicosa y temible.

Anda en polaco : ¿había más que Juan Kosciusko hubiera convocado un día á todos los caballeros andantes que anduviesen por el Norte? Tal pudiera haber venido entre ellos que bastase para dar al través con el poder del Cosaco; y no se hallara el gran patriota en el artículo de escribir en la nieve con la punta de su espada : *Finis Poloniae*.

Anda en rumano : las orillas del Danubio le ven pasar armado de todas armas, caballero sobre el corcel famoso que el mundo conoce con nombre de Rocinante. Si no acomete allí de pronto una alta empresa, es por falta de barco encantado.

Anda en catalán, anda en vascuence : ¡ oh Dios ! anda en vascuence... ¿Cómo sucede que no ande todavía en quichua? Dios remediará : los hijos de Atahualpa no han perdido la esperanza de ver á ese grande hombre vestir la cushma de lana de paco, en vez de el jubón de camusa con que salió de la Argamasilla.

Cervantes presumía de haber compuesto una obra maestra, habiendo compuesto su novela de *Persiles y Sigismunda*; y tenía bien creído que los presentimientos de inmortalidad y gloria con que andaba endiosado desde niño, eran efectos anticipados de esta creación. No sabemos si algún francés de mal gusto haya vuelto á su lengua el tal *Persiles*; el *Quijote*, en el cual su autor miraba poco ha sido puesto en griego, latín, lenguas muertas. En francés, inglés, portugués, italiano y alemán, lenguas vivas. En sueco, danés, lenguas semi-bárbaras, aunque de pueblos

muy adelantados. En ruso, polaco y húngaro, lenguas duras y terribles, lenguas de osos y carrasca. En catalán, vacuence, lenguas extravagantes. ¿Qué otro autor, inglés, francés, alemán, italiano ha merecido los honores de las nieves perpetuas y los de la zona tórrida? Miguel de Cervantes Saavedra es el más singular, el más feliz de los grandes escritores modernos; y los españoles no tienen por qué soltar el moco y soplarse amenazando, cuando decimos de España que no tiene sino á Cervantes. ¿Cuáles son las naciones que cuentan con muchos de esa talla? Por docenas, no hay sino gigantes pequeñuelos. Uno es el que empuña el cetro : el de España, empuñalo Cervantes.

Pues hubo por ahí un don Valentín Foronda, un don Agustín Montiano, un Isidro Perales ó don Blas Nasarre, que tomaron sobre sí el desvalorar á Cervantes; y fueron españoles, ¡ esos ! Si se salen con la suya, ¿cuál es el príncipe de los ingenios españoles? Alonso Fernández de Avellaneda. Gran cosa.

CAPÍTULO VI

Don Diego Clemencín afirma en sus anotaciones que algunos pasajes del *Quijote* de Avellaneda hacen reír más que los de Cervantes. Puede ser; pero de la risa culta, risa de príncipes y poetas, á la risa del albardán, alguna diferencia va. Pantalón y Escapín hacen también reír en el escenario, y no por su sal de gallaruzo han de tener la primacía sobre esos delicados representantes que, huyendo de la carcajada montaraz, se van tras la sonrisa leve, la cual,

como graciosa ninfa, hurta el cuerpo y se esconde por entre los laberintos luminosos del ingenio. La carcajada es materia bruta : molida, cernida, tras mil operaciones de química ideal, daría quizá una sonrisa de buenos quilates; bien como el oro no comparece sino en granos ó pepitas diminutas, apartados los otros metales groseros y la escoria que lo abriga en las entrañas. Escritor cuya habilidad alcanza la obra maestra de mantener á los lectores en perpetua risa invisible, es gran escritor; y risa invisible la que no se cuaja en los labios en abultadas formas, desfigurando el rostro humano con ese *hiatus* formidable que en los tontos deja ver la campanilla, el gargüero y aun el corazón de pulpa de buey. La risa agigantada es como un sátiro de horrible catadura : la sonrisa es una sílfide que en alas de sombra de ángel vuela al cielo del amor y la felicidad modesta. No digo que Cervantes no sea dueño de carcajadas muchas y muy altas y muy largas; pero en las de este divino estatuario de la risa hay tal sinceridad y embeleso, que no sentimos la vergüenza de habernos reído como destripaterrones, sino después de habernos saboreado con el espeso almíbar que chorrea de sus sales. Cervantes, por naturaleza y estudio, es decente y bien mirado : honestidad, pulcritud, las Musas que le están hablando al oído con esa voz armónica y seductora á la cual no resisten los hombres de fino temperamento. Avellaneda, por el contrario, goza en lo torpe, lo soez : sus gracias son chocarrerías de taberna, y las posturas con las cuales envilece á su héroe, no inspiran siquiera el afecto favorable de la compasión, por cuanto en ellas más hay de ridículo y asqueroso que de triste é infeliz. El mal hijo de Noé, burlándose de la desnudez de este venerable patriarca, ha incurrido en la

maldición de Dios y el aborrecimiento de los hombres : asimismo el bajo rival de Cervantes, riéndose y haciendo reír de la desnudez y fealdad de Don Quijote, ha concitado la antipatía de los lectores y granjeado su desprecio.

Yo me figuro que entre Cervantes y Avellaneda hay la propia diferencia que entre los teatros de primera clase de las grandes capitales europeas, y esos teatritos ínfimos donde ciertos truhanes enquillotran á la plebe de los barrios más oscuros de las ciudades. El Teatro Francés, verbigracia, en París, en cuyo proscenio son puestas á la vista las obras maestras de Molière y Beaumarchais : donde el Misántropo desenvuelve su gran carácter : donde Tartufo asombra con los falsos aspectos de la hipocresía : donde Don Juan pone por obra los arbitrios de su ingenio tenebroso y su corazón depravado : donde el Barbero de Sevilla derrama á manos llenas la grata sal que cura tristezas y remedia melancolías : donde Don Basilio enamora con su papel de confidente, al cual tan sólo por el respeto debido á la sotana no le designamos con el nombre de echacuervos : donde las chispas del ingenio hacen un ruidecillo que parece música de alegres aves, y las malicias del amor vuelan encarnadas en cuerpos de donosos sílfos. Allí, ante esa representación grandiosa de las costumbres desenvueltas por la inteligencia de primer orden, la carcajada no tienen cabida : si se atrevió á venir, á la puerta se quedó, contenida por la estatua de Voltaire, el cual nunca se rió como echacantos, risa alta y pesada, sino bajito, *pian pianino*, y en forma de puntas buidas metió su risa por el corazón de los errores y las verdades, los vicios y las virtudes. Así como Rabelais es el padre de la risa francesa,

así Molière es el padre de la sonrisa : sonrisa culta, pura ; sonrisa de buena fe, de buena casta ; sonrisa agradable, saludable ; sonrisa señora, sonrisa reina, que temería caer en la desconsideración de las Musas, si se abultase en términos de dar en risa declarada : sonrisa sin voz ni ruido : estampa muda, pero feliz, donde el placer ejecuta sus mudanzas, asido de las manos con esa deidad amable que nombramos alegría.

Avellaneda es brutal hasta en sus donaires : no de otro modo los trufaldines de la *Barrera del Infierno* dan saltos de chivo, gruñen como cerdos, embisten como toros, y profieren sandeces de más de marca para hacer reír á la gente del gordillo que está revuelta al pie de esas tablas miserables. Por donde podemos ver que en justicia el monje ruín que irrogó tantos agravios al autor del *Quijote*, no es su competidor, menos su émulo : rival es, porque obran en él envidia, odio, deseos nefandos, y el rival no ha menester prendas ni virtudes, siendo, como éstas son, excusadas para el efecto de aborrecer y maldecir. Admiranos, por tanto, hubiese habido entre los sensatos españoles quienes diesen la preferencia á la obra sin mérito del supuesto Alonso Fernández de Avellaneda sobre la fábula inmortal de Miguel de Cervantes, príncipe de sus ingenios. Yo supongo que la buena fe no mueve el ánimo de estos autores ; y si por desgracia la abrigasen cuando juzgan á Cervantes inferior, y con mucho, al tal Avellaneda, harto fundamento nos darían para que á nuestra vez sintiésemos mal respecto de su inteligencia. Las proezas de la envidia no son de ahora : ésta es la primogénita de las ruines pasiones : Abel es menor que Caín. El cisne de

Mantua fué mil veces acosado por cuervos que echaban graznidos siniestros en torno suyo ; pero el lodo que Mevio y Bavio le arrojaron, no llegó jamás á ensuciarle la blanca pluma, y así limpio, casto, puro ha pasado hasta nosotros é irá pasando á las generaciones venideras. Horacio, juez supremo en poesía, proclama á Virgilio el primero de los poetas, después de Homero : Ovidio canta los triunfos de su maestro : Tuca, Vario, en gran prosa, ensalzan al autor de las *Geórgicas*, y poseídos del furor divino conmueven el universo con la admiración gratísima con que le vuelven inmortal. Mecenas tiene á honra ser su amigo : Augusto cifra su gloria en tenerle á su lado : el mundo todo se inclina ante el foco de luz que brilla en esa cabeza, el fuego sagrado que arde en ese pecho y vuela al cielo en llamas poderosas. Y hay un Mevio que le insulta, le calumnia, le denigra ; un Bavio que hace fisga de él, le escupe, le escarnece. El bien y el mal, la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira son leyes de la naturaleza : querer hallar solas á las divinidades propicias, es querer lo imposible. No tenemos idea del bien, sino porque existe el mal : la luz no fuera nuestro anhelo perpetuo, si no reinara la obscuridad y la verdad sería cosa sin mérito, si no estuviese de día y de noche perseguida y combatida por la mentira.

Para un Sócrates, un Anito, un Melito : en no existiendo estos anti-filósofos, ¿quién acusara al maestro ? Para un Sócrates un Aristófanes : sin este poeta-histrion, ¿quién se burlara de las virtudes ?

Para un Homero un Zoilo ; sino la envidia se queda con su hiel en el pecho. Para un Homero un Escaligero ; sino, la basura no cubre las piedras preciosas.

Para un Virgilio un Mevio, un Bavio : preciso era que

inteligencia superior, corazón sensitivo, alma pura, buenas costumbre, poesía en sus más erguidas y hermosas disposiciones tuvieran enemigos que las hicieran resaltar con el contraste de los vicios fingidos por la calumnia.

Alfesibeo es un mágico que por medio de sus encantos obliga á salir de la ciudad á Dafnis, su amada, y venirse á él á pesar suyo. « ¡ Hechicero ! ¡ hechicero ! » grita Mevio. « ¡ Brujo ! ¡ brujo ! » grita Bavio. Los personajes imaginados por el poeta son el poeta mismo : las aventuras de los pastores de Virgilio son de Virgilio mismo. Así hemos presenciado casi en nuestros tiempos la cruzada impía que los perversos junto con los ineptos han hecho contra uno de los mortales más llenos de inteligencia y virtud que pueden salir del género humano : virtud, entendiéndose por ella ahora esa gran disposición del alma á lo bello y lo grande, aun cuando los tropiezos de la tierra y la maldad de los hombres le hubiesen aproximado al que la poseía á los vicios, y por ventura al crimen. *El Giaur* fué hijo de una imaginación candente, nacido entre torbellinos de humo negro y encrespado; no fué persona real, de carne y hueso : Manfredo, ese como Doctor Fausto de los Alpes, que aterra con sus cavilaciones y da espanto con sus evocaciones, no fué el poeta que le dió vida soplando en su propio corazón con la fuerza del alma desesperada. El Corsario, ese terrible ladrón de los mares, para quien la vida de sus semejantes vale menos que la de un insecto, no fué el mismo que ideó su carácter y le dió cuerpo hermoso. Y con todo, sus contemporáneos temieron, aborrecieron, combatieron á ese poeta, tomándole, mal pecado, por los héroes de sus poemas, cuando las virtudes, virtudes

grandes se gallardeaban como reinas en su corazón inmenso. Lord Byron no es ya el vampiro que se harta de carne humana en el cementerio á media noche, y entra á su palacio á beber vino en un cráneo de gente convertido en copa : no es ya el Don Juan Tenorio que engaña y seduce, fuerza y viola, se come á bocados honestidad y pudor, sin respeto humano ni divino, esclavo de la concupiscencia : no es ya el homicida secreto que ha derramado sangre inocente, por averiguar misterios perdidos en la vana ciencia de la alquimia. No es nada de esto : desvanecida la impostura, purificado el juicio, la generación presente ve en él, no al ateo, no al criminal, sino al poeta, al gran poeta y nada más. Desgracias excepcionales y dolores profundos le volvieron hosco y bravo : así como amaba el amor, cual otro Vicario de Wakefield, así le obligó el mundo injusto y perverso á amar el odio : Lord Byron amó y aborreció : amó como serafín, aborreció como demonio. Su alma, en tempestuoso vaivén entre estos dos abismos, cobró proporciones, unas veces de ente divino, otras de hijo del infierno. Bregando, forcejando, gritando, aleteando cual águila loca, vivió el poeta su vida de suplicio, devorado el pecho por una legión de ángeles convertidos en furias. Así á Virgilio, en otro tiempo, quisieron atribuirle vicios y culpas de sus héroes; cuando su buena índole, la apacibilidad de su genio, su bondadosa mansedumbre le volvían amable para todos los que no abrigasen en su seno esa víbora inspiradora de maldades que llamamos envidia.

CAPÍTULO VII

En una de las comarcas de Italia más ricas y hermosas nació un niño á principios del siglo XIV. Las Gracias tuvieron cargo de él durante los años de su infancia, las Musas le tomaron por su cuenta desde que tuvo uso de razón. Bien así como el caballero de la Ardiente Espada había nacido con una hoja de fuego estampada en el pecho, asimismo ese niño parecía ceñir sus sienes con una corona luminosa, la cual era por ventura una mirada especial con que la Providencia quiso agraciarse al recién nacido. Esa sombra de luz celeste fué precursora de la corona verdadera con que los hombres, admirados, honraron y distinguieron á ese niño andando el tiempo : Francisco Petrarca fué coronado en el Capitolio por mano del Senador, en una de esas solemnidades que no suelen prevenir los Gobiernos sino para las grandes ocasiones. Quince mancebos de las familias patricias de Roma, vestidos de escarlata, van precediendo al poeta con sendas palmas en la mano : los altos dignatarios del Estado, los senadores metidos en loras de terciopelo verde, siguen tras él con diferentes insignias cada uno : el pueblo, en multitud inmensa, forma una procesión interminable. Ahógase en gente el Capitolio : Orso, senador, se levanta en pie y exclama : « ¡ Oh tú, el mayor de los poetas, ven y recibe la corona del mérito ! » El poeta, pálido, pero hirviendo en mudo júbilo, da cuatro pasos apoyado en las Musas invisibles; el senador le pone en la

cabeza una corona de laurel, mientras el pueblo asorda la ciudad y los montes vecinos con un aplauso gigantesco. Incontinenti salen todos y se dirigen á la basilica de San Pedro, en cuyas aras deposita el poeta, como ofrenda á la divinidad, la corona que ha ganado por medio de la inteligencia.

En un mismo día Francisco Petrarca había recibido cartas del senador romano, del canciller de la universidad de París y del rey de Nápoles, por las cuales le llamaba cada uno con instancia á recibir « la corona del ingenio ». Rara coincidencia que causó en el agraciado una como supersticiosa maravilla de gran poder en su ánimo. Decidióse por Roma, y no fué mucho : la ciudad de los Césares, la ciudad de los Papas, la capital del mundo era siempre más que otra cualquiera, aun cuando ésta fuese París, teatro de las grandes representaciones y los triunfos de Abelardo. Voltaire ha intentado achicar á Petrarca, poniéndole atrás de ciertos poetas franceses, muertos para la posteridad : Petrarca vive, y su corona, la corona del Capitolio, está resplandeciendo á los ojos del género humano. El palaciego de Federico ha salido mal en esto, como en muchas cosas. Un bardo amabilísimo de nuestro siglo, bardo cristiano y sencillo, le lleva la contra al viejo descreído de Ferney, y sostiene que Petrarca es el primero de los poetas de los tiempos modernos, sin que haya uno solo en Francia, Inglaterra, Italia misma que le alcance al solitario de Vaclusa, y menos que le tome la delantera. Lamartine es tan propasado en sus fervores, que por poco que delire da en lo absurdo : si no fuera tan serio, tan grave, tan superior este hombre, haría reír muchas veces, como

cuando afirma que un verso de Petrarca vale más que toda la prosa de Platón. Montaigne diría justamente lo contrario, esto es que una línea de la prosa de Platón vale más que todos los versos de Petrarca. Si el uno de estos críticos es más admirable como poeta, el otro es más respetable como filósofo, y merece más crédito; si bien es verdad que á juzgar de los poetas líricos por la idea que de ellos tienen Montaigne y Montesquieu, esos *ergotistas*, como los llama el viejo gascón, no son ni para servir á la mesa de los hombres de mérito. Lamartine, del oficio al fin, propone exageraciones que á poca costa las llamarían disparates los filósofos.

Hubo por el mismo tiempo un pobrecito llamado Serafin Aquilano que dió en metrificar á despecho de las hijas del Parnaso. Los envidiosos de Petrarca pararon la oreja, le animaron. El vatecito ardió en celos, se puso de puntillas, se estiró cuanto pudo, y alargando el brazo, pensó que había tocado las estrellas. Los aborrecedores de Petrarca se pusieron á gritar: ¡Viva Serafin Aquilano! ¡El Fénix ha parecido! ¡Pan resucitado! Y Petrarca no fué nada desde entonces: pospuesto, insultado, arrinconado, el amante de Laura se dejó estar llorando en silencio su amor infeliz en su recepto de Aviñón, sin que le diesen pena las vociferaciones y los embustes de sus enemigos. Serafin Aquilano estaba triunfante: sus obritas, mil veces reimpresas en ediciones primorosas, corrían por Italia en alas de la envidia. La conspiración era verdaderamente atroz; atroz y eficaz: el pobre Serafin, ídolo facticio de los perversos, llegó á tenerse por el Apolo, no de la mitología, sino de la realidad, del Olimpo cristiano donde Júpiter

mismo le ensalzara con una mirada de distinción. Serafin por aquí, Serafin por allí: todo era Serafin Aquilano, gran poeta. Orso, coronando á Petrarca en el Capitolio á nombre de Italia y su siglo; la Universidad de París rindiendo homenaje al ermitaño de Vaclusa; el rey de Nápoles, Roberto, el sabio rey, saliendo al encuentro del poeta con la diadema en la mano, dieron en tierra con la falsa gloria de Aquilano, y levantaron á Francisco Petrarca una estatua impalpable, más preciosa que el oro, más sólida que el bronce.

La misma táctica hemos visto después en contra de Racine, quien tuvo también no pocos envidiosos denigradores. ¡Y digo si el autor de *Atalia* pudiera haber tenido competidores ni en tiempo de Sófocles! Un crítico célebre llama á la *Andrómaca* la obra maestra del teatro; pero *Atalia*, dice, es la obra maestra del entendimiento humano. El rey Luis XIV prohibió la representación de esta obra sublime, porque, dijo, semejante majestad no puede dejar de ser profanada en manos mortales. Tragedia cuya fuente es la Biblia, *Atalia*, es un monumento religioso: el templo de Salomón, Acab, la reina perseguidora de Dios: idólatras, judíos: las pasiones más profundas del género humano puestas en giro con habilidad maravillosa: poesía que corre á torrentes de la cumbre del Oreb: versos de cadencia pura: sentimientos del ánimo, como si los hombres fueran todos réprobos ó santos: catástrofes estupendas: lenguaje inimitable; he aquí *Atalia*, he aquí el poeta que la compuso. Pues hubo quienes tuviesen á Racine por inferior á Pradón, muy inferior: un tal Pradón; un cierto Pradón; un Pradón; un hombre llamado Pradón, que ha

sido poeta, dicen, y ha imaginado piezas teatrales de alto coturno. Racine se está hombreando ante los siglos con los grandes trágicos griegos : Esquilo, Eurípides, Sófocles, sus maestros, se ponen de pies cuando él entra á su academia, y le señalan alto puesto. En Roma no tiene igual : Séneca es interesante cuando, entrando el conspirador al palacio de Augusto, le hace decir al gran déspota : « Cina, toma una silla »; pero muy lejos se halla el poeta romano del francés, cuando éste levanta el vuelo y va á llamar á las puertas de la Belleza Infinita.

En los tiempos modernos Shakespeare es el intérprete más poderoso de las pasiones mundanas, el gran levita del terrenal amor : Racine, en *Atalia*, es el poeta de las pasiones divinas. Las obras donde entren Dios y la religión serán siempre superiores á las que versan puramente sobre cosas humanas.

La estrategia de la envidia, en todo tiempo, ha sido oponer los mediocres á los ingenios superiores, procurando que del ensalzamiento desmedido de los primeros resulte la desestima que los ruines ansían para los segundos. Esta providencia infame suele ser tan común, que todos los días la vemos puesta por obra, aun entre nosotros, pequeños. Si uno amenaza con prevalecer por el talento sobre amigos y enemigos, allí están todos, unidos con los lazos del odio, para echarse ladrando sobre el pícaro que tiene la avilantez de ser más que ellos. Dotóle naturaleza con sus altos dones : ellos se los niegan, y se cierran en su dictamen. Inteligencia : no señor; un poco de imaginación, y nada más; superficie, epidermis ligera; rásquesele con vigor, y el tonto comparece.

Sabiduría. Sabiduría... si sabe que no sabe nada; y no á la manera del hijo de Sofrónismo, sino nada, lo que se llama nada. Sabe lo necesario para deslumbrar á los ignorantes y embaucar á los bobos : sabe que es un pícaro. Sabe que somos nobles y traemos la bolsa herrada. Sabe... ¿qué más sabe? — Que nosotros no sabemos leer ni escribir, responde el más hombre de bien y sincero de los señores.

Sensibilidad exquisita, don de lágrimas, poesía del dolor: todo es ficción : es un perverso. Si pudiera, exterminara al género humano : es asesino teórico : no le falta sino la práctica; y quién sabe : si Dios no me estuviera viendo, yo dijera que ese se tiene guardados sus dos ó tres homicidios. ¿No le ven la cara? ¡ qué cara !

Rectitud, probidad : bribón : como él no puede nada, piensa que el buscar la vida es reprensible. Si estuviera en su mano, nadie tuviera cosa; todo fuera suyo.

Austeridad, severidad : malvado : no deja pasar un punto, ni el menor : todo lo ve, todo lo censurará, todo lo condena. Es un argos el canalla : manos puercas, uñas largas, no perdona. Mata uno un lobo; allí está él para sacarnos los efectos de la embriaguez, para insultarnos con las purezas de la templanza. Él llama templanza eso de no beber, no esparcirse nunca. ¿Ese zanguango no ha enamorado en su vida? ¿no sabe que faldas sin copas no son sombreros?

Virtud, oh virtud, pobre virtud, el mundo no es tu reino : amenazas, peligros, ofensas, por donde quiera te rodean; a aun muy feliz si no sucumbes, mordida de perros, acoyeada de asnos, devorada de tigres. Virtud, oh virtud, santa virtud, levanta el vuelo, huye, enciértrate en el cielo,

adonde no podrán seguirte los demonios que con nombre de hipocresía, envidia, soberbia, odio insano, corrupción, infestan este valle, no de lágrimas, sino de hiel y sangre; valle obscuro, lóbrego, por donde van corriendo en ruidoso tropel esas fieras que se llaman desengaños, venganza, difamación, calumnía, asesinato, impudicia, blasfemia, tras las virtudes que huyen á tropicónes, y al fin caen en sus garras dando armónicos suspiros que suben á la gloria en forma de almas puras.

Mevio y Bavio persiguieron á Virgilio: Serafin Aquilano fué superior á Petrarca: Padrón vió para abajo á Racine; todo por una misma causa. La envidia es ciega, y con todo ve muy bien á qué centro tira sus líneas. He allí, pues, un tal Alonso Fernández de Avellaneda que sin empacho se pregonaba superior á Cervantes en ingenio, y por vía de comprobar sus aseveraciones le llama pobre, mendigo, manco y otras de éstas. Que pagado por un aborrecedor oculto hubiese el fraile infame escrito su mal libro, ya pudiéramos haberlo llevado en paciencia; que haya en España hombres de entendimiento hartó confuso y de intención hartó menguada para desdeñar la obra inmortal de Cervantes por el polvo y ceniza de Avellaneda, esto es lo que no nos cabe en el juicio. ¿En qué estaría pensando don Agustín Montiano cuando dijo, que si algunos preferían á Cervantes era porque andaban muy desvalido el buen gusto y la ignorancia de bando mayor? Este mal español recibió, sin duda, lecciones del viejo barbalonga, ese calvo de agrio corazón y aguda lengua que hiere en la gloria de Homero y trata de apagar la luz que irradia por el mundo. Zoilo, osado antiguo que tuvo la soberbia de concebir

envidia por el ciego de Chío, este pontífice de los dioses y padre de las Musas; Zoilo, no puede enseñar el bien y la verdad, siendo como es la envidia encarnada en miembros de un hermoso, pero irritado demonio. Para volverse respetable aun en el ejercicio de la difamación, Zoilo contaba con esa calva sublime que ha pasado á la posteridad, y esa barba de Termosiris que en largas madejas blancas se le descuelga por el pecho hasta el ombligo. Si Montiano careció de estas ventajas, fué dos veces tonto y dos veces atrevido en su empresa de dar al través con la fama de Cervantes.

CAPÍTULO VIII

Si es disposición secreta de la Providencia que los hombres de facultades intelectuales eminentes y virtudes superiores han de vivir sus cuatro días en la tierra devorando privaciones y amarguras, no lo podríamos afirmar ni negar antes de que hubiésemos examinado la materia en disquisiciones filosóficas altas y profundas. Los que de primera entrada cortan por los argumentos y lo resuelven todo por la autoridad del orgullo y en nombre de la ignorancia, dirían buenamente que esa ley tácita del Hacedor contra los varones ínclitos no existe. Ya lo han dicho cuando, censurando la desgracia en general, y haciendo mofa de ciertas lágrimas ilustres, han afirmado que todo hombre es dueño de su suerte. La teoría, como principio, es infundada, y hasta necia: en la práctica, los que han puesto en campo esa doctrina reciben mil heridas por mil

defectos de armadura. *Todo hombre es dueño de su suerte* ¿de manera que los hambrientos, los desnudos, los desheredados de la fortuna, grandes y pequeños, no han de imputar sus desdichas sino á ellos mismos, á su propia incapacidad é indolencia? Tan duros pensadores no recibirán, sin duda, la recompensa que el hijo de Dios tiene ofrecida á los que ejercen la caridad movidos santamente por la misericordia. Tuve hambre, y me dísteis de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; desnudo me hallé, y me vestísteis; preso estuve, y me visitásteis: venid, oh los benditos de mi padre, á recibir el premio de vuestras buenas obras. Si el hambre, la sed, la desnudez, la prisión de los desventurados del mundo provinieran de los peores vicios, cuales son pereza y soberbia, el Juez infinito no les prometiera con tanto amor y gratitud el premio con que de antemano glorifica á los hombres justificados. En la Escritura, indigencia, necesidad son tan santas como las virtudes que les ponen remedio: dad al pobre, dice el Señor; no dice: dad al ocioso, como si fuera lo propio el vicio que la desgracia. Hambre puede tener uno á pesar del trabajo; sed á despecho de la actividad, y carecer de vestido, sin que valgan afanes y pasos por este mundo injusto y ciego. Entre los idólatras mismos la más innegable de las divinidades era la Fortuna: Sila cargaba al pecho una imagen de esta diosa, y sabido es que se llamaba feliz, atribuyendo á una ley providencial sus triunfos y felicidades, y de ningún modo á las concepciones de su entendimiento ni á la fuerza de su brazo.

Negar la existencia de la fortuna, allá se iría con negar su rueda, máquina real, y bien á la vista, que va moliendo

en sus vueltas á la mitad del género humano, al paso que á la otra la toma en el suelo y la coloca frente á frente con el sol. Los más ruines, ineptos, perversos, canallas suelen ser los que más resplandecientes se levantan en sus cucharas, y allí se están, echándole un clavo á la dicha rueda, insultando al universo con la incapacidad y la perversidad triunfantes. Si todo hombre es dueño de su suerte, ¿cómo viene á suceder que la inteligencia divina en el autor de la *Iliada*, la sabiduría excelsa en el maestro de Fedón, el valor indómito y la rectitud inquebrantable en el competidor de Demóstenes, las grandes virtudes reunidas en *el mayor de los griegos*, no los volvieron á estos seres privilegiados los más prósperos de los mortales, y dichosos según que regulamos la felicidad con advertencia á esta vida y el modo de vivirla? Ni por tontos, ni por cobardes, ni por enemigos del trabajo habrán pasado á la posteridad esos nuestros semejantes que han engrandecido su siglo con su gloria, santificando al propio tiempo su desgracia con la miseria sufrida en amor de la filosofía. Verdad es que ellos no ansiaron las riquezas; y en no buscándolas ahincadamente, ellas no vinieron á pararse en sus umbrales. Empero muchos hubo que bien hubieran querido tener lo necesario, y en quienes el sudor de su frente nada pudo. Desdichas, pesadumbres, dolores son herencia de la flor del género humano; y esa flor se compone de los grandes poetas, los filósofos sublimes, los héroes magnánimos, los patriotas ilustres. Hay en Jámblico un pensamiento que hace meditar mucho acerca de la inmortalidad y el porvenir de las criaturas. Dice este mago divino que las lágrimas que derramamos en este mundo, las penas que devoramos son castigos de malas obras que hicimos en una vida anterior;

y que, purgadas esas culpas, cuando pasemos á otra, seremos, más felices no, pero sí menos desgraciados; hasta cuando, á fuerza de purificarnos por medio del llanto y levantarnos por las virtudes, vengamos á disfrutar de la gloria eterna en el seno del Todopoderoso.

Esta transmigración oculta en sus entrañas un mundo de sabiduría y esperanza : los que padecen actualmente se hallan en *la vía purgativa*, como hubiera dicho un teólogo cristiano : los que padecen más, están más cerca del remedio : los que están pecando y gozando en el crimen; los malos, egoístas, perseguidores y torpes, van despacio, muy atrás de esas almas ligeras, medio lavadas ya con las lágrimas, cernidas, digamos así, de la mayor parte de la escoria; sacudidas al viento acrisolador, y enderezadas al cielo con rumbo hacia la luz. Job había pasado por muchas vidas, según el filósofo nigromante : hallábase á las puertas del descanso eterno; y, raspándose con una teja la lepra en la calle; repudiado de su esposa, abandonado de sus hijos, olvidado de sus amigos en medio del suplicio del alma y el corazón; enfermo el cuerpo, sus harapos revueltos en inmundicia; llagas puras los miembros; sin pan contra el hambre, sin agua contra la sed; clavado en un potro, y volviendo los ojos á Dios, es el emblema de la paciencia y el reflejo de la gloria fundido en una aureola de esperanza. Job, viejo, pobre, dejado de todos; enfermo, víctima de mil dolencias é imposibilidades, lleva vividas muchas vidas, en las cuales ha sido, según la idea de Jámblico, afortunado desde luego, después feliz como lo entiende el mundo, á manta de Dios en esto de riquezas y placeres, que son cartas desaforadas para con el padre

de las virtudes. Job está viviendo la última vida humana : la lepra, la teja, llaves con las cuales, pasando por la sepultura, dejando allí los huesos, ha de abrir ese gran candado de oro cuyas cifras y combinaciones son imposibles para los que aun no hemos padecido lo que el hambriento y el leproso. Oh felices de nuestro tiempo, ved las pruebas por las cuales tenéis que pasar, medid los escalones que tenéis que subir, y si sois para echar una mirada escrutadora á la eternidad, derramad torrentes de lágrimas, abrumados por estos verdaderos tormentos futuros que llamáis hacienda, placer, dicha y contento. Vosotros sois los últimos de los tiempos : soles se apagarán, estrellas caerán, mundos se destruirán, y vosotros, de catástrofe en catástrofe, tendréis mucho que ver y padecer, primero que vengáis á distinguir la felicidad verdadera de la falsa, y reposar en el gremio de Dios, único lugar donde podemos tenernos por felices; felices, porque allí el mal es imposible, y el bien llena el universo á nuestros ojos de un océano de luz donde se están irguiendo en figuras impalpables las épocas del mundo y los pasos de la gloria. ¿Á quién le sería dado romper esta escala eterna, y revolver las cosas de manera de acomodarlas á sus propias extravagantes ideas, habiéndola sacado de la jurisdicción de una ley infinita?

La Fortuna, divinidad de los gentiles, ha venido á ser Genio para los cristianos, llamándose destino. El destino es cosa tan fuerte, que por mucho que nos neguemos á confesarlo, viéndolo estamos y devorando sus agravios. Destino es poder oculto, profundo, misterioso : destino es persona invisible de obras que tienen cuerpo : destino es ser inaveriguado : su corazón está en el centro de la

nada, y su mano recorre el mundo hiriendo en las teclas de la vida. Los hombres, figuras diminutas puestas sobre ese órgano gigantesco, saltan á su vez cada uno, cuando el destino ó la fortuna ha puesto el dedo en la suya, y unos caen derribados, otros se yerguen más; éstos dan saltos y se quedan á medio caer; esos suben de un bote á otro andamio del instrumento; tales bailan en buen compás, cuáles se resbalan y andan á gatas, formando este conjunto triste unas veces, ridículo otras, y ruidoso siempre que llamamos comedia humana.

Nosotros pensamos que no hay hombre dueño de su suerte, si no son los sabios que están en contacto con la Divinidad por medio de la sabiduría, y los santos que tratan con ella mediante las virtudes practicadas con voluntad y conocimiento. Los monarcas no son dueños de su suerte, porque tienen heredado el trono. Los grandes no son dueños de su suerte, porque su amo y señor los puede echar abajo de un puntapié el día que se les enoje. Los ricos no son dueños de su suerte, porque muchas veces no deben sus riquezas al sudor de su frente, y porque un tirano ó un ladrón se las pueden quitar el día menos pensado y dejarlos en la calle. Los hijos de la fortuna no son dueños de su suerte, porque esta prostituta mal intencionada los concibe del viento á media noche, y los pone en cuna de oro, sin que ellos sepan cómo ni cuándo. ¿Quién les niega la existencia á los hijos de la fortuna? ¡Hola! filosofillo, ¿eres tú quien viene ahora con que los herederos incapaces del reino, los opulentos con haberes ajenos, los dignatarios, los nobles de favor por una parte; los ciegos esclavizados, los tullidos ilustres, los mendigos célebres por otra

son todos fabricantes de su propia felicidad ó desventura? ¿Cuáles son los méritos de tanto pícaro, tanto ruín, nacidos para el hurgón y la esportilla, que están ahí bajo el solio con nombre de presidentes, ministros y generales? ¿dónde los hechos estupendos, las proezas, las virtudes de esos bribones que en casi toda la tierra tienen monopolizados tesoros, placeres y alegrías, en tanto que los buenos, los inteligentes, los activos, los virtuosos, los amigos del género humano, trabajando sin cesar por el bien común, las luces y la libertad, se ven obligados á remojar sus propias manos con sus lágrimas, y comérselas á media noche? Veo allí un hombre sentado en lugar eminente, con cara de señor de un pueblo y dueño de una vasta porción de territorio: el cielo de terciopelo carmesí que le da sombra, los almohadones en que asienta sus pies rústicos, las lámparas que alumbran la sala indican que ese se halla bajo el solio: es presidente de una República, tiene facultades omnímodas, y puede hacer, en bien ó en mal, lo que se le antoje. Su cara es grosera: sus ojos bestiales se están ofreciendo para que leamos en ellos vicios é ignorancia: su cerviz formidable gravita sobre ese rostro de animal hecho magistrado. Éste como hipopótamo de carne humana no sabe leer ni escribir, no tiene idea del mérito; el bien y el mal no son nada sino con relación á su propia conveniencia: Estado, Gobierno, leyes, cosas para él de significación ninguna: acciones, no sino malas en su vida: antecedentes, infames: esperanzas, para su patria, la ruina; para él, el cadalso. Sirvió de esbirro, de verdugo á otro tirano: vivió del tableje y la estafa: ni pundonor como soldado, ni hazañas de valiente: pereza y ociosidad, subiéndolo y bajándolo por ese cuerpo desmedido, le tienen á

medio día en el lecho, dormida el alma á las sensaciones y los cuidados del ser inteligente. Jamás ha movido un dedo para agenciarse el pan como hombre de bien : pan y vino, sobre tarja, y que le busquen en Ginebra. Inútil para todos, sus ruines propensiones y sus malas obras le vuelven perjudicial para sus semejantes, tanto más cuanto que de continuo se halla fuera de sí con el recargo de licores incendiarios que le embrutecen y enfurecen más y más. Este perverso sin luces, este ignorante sin virtudes, que si algo merece es la escoba ó la horca, se está muy formal entre cortinas de damasco, llamándose dictador, y disponiendo de vidas y haciendas.

Mirad allí ese rico que ve para abajo á los demás. Su casa es un palacio : el cedro oloroso, el ébano, labrados de mano maestra, componen su mobiliario. La seda anda rodando : alcatifas primorosas ofrecen bellos colores á los ojos, suavidad á las plantas de su dueño : dorados bronce, porcelanas de Sevres, elegantes candelabros son adorno de sus rinconeras; y una araña de cien luces suspendida en el cénit del grandioso aposento, está llamando los ojos á su cadena de oro y á la turbamulta de iris infantiles que van y vienen entre los prismas resonantes. ¡ Pues la mesa de este gran señor ! Los dos reinos son sus tributarios; la perdiz provocativa, el pichón delicado, el capón succulento, allí están á su albedrío, haciendo requiebros á su paladar esquilimoso. Ni por lejano el mar deja de ofrecerle sus productos : el rico gusta de peces finos : el salmón, héle allí alto y esponjado incitando el apetito con sus gordos filamentos. La tortuga : presente; en sopa real, entrega al ansia del regalón acaudalado sus sabrosas entrañas. La anguila : no

subsiste : ¿quién puede pasar sin ese artículo singular, esperanza del hambre rica, satisfacción de cultos comedores? Ahora tú, reino vegetal, ven y pon en el festín tus hongos, tus trufas, tus espárragos, tus coliflores, tus berzas diferentes, y no escatimes ni la raíz profunda, ni el grano en leche de que tanto gustan príncipes y potentados.

Por los bosques de Fontainebleau anda saltando alegre de árbol en árbol el faisán, libre y feliz en sus amores. Su esposa, su amiga, en la frondosidad de una haya se está en el nido, y entre sus alas sus polluelos, bebiendo la vida en el corazón que les reparte calor á todos. El macho los contempla pensativo sobre una rama próxima, y vive en el amor de su hembra y el cariño de sus hijos. Un estallido se difunde por el bosque : derramado en todas direcciones, se va como un trueno deshecho : el pájaro amante yace en tierra, las alas en cruz, el pescuezo torcido, la sangre chorreando por las fauces. Al otro día esta pieza será el plato principal de la comida del señor marqués ó el señor duque. ¡ Lástima que el águila real del Cáucaso no sea de comer ! y dos veces desgraciado el rico en que naturaleza no haya destinado el león del Asia para sus antojos y sus gulas. Ahora, pues, ¿este gran señor labró su riqueza con el sudor de su frente? ¿empuñó la esteva, borneó el hacha en el profundo monte? No; ni corrió los mares desafiando las tempestades, ni fué á la guerra y dió grandes hazañas por cuantiosos estipendios. La inteligencia, no la beneficia; el vigor natural, no lo ejercita : no compra ni vende para comer, no arrima el hombro al trabajo á ninguna hora : heredó el inepto, y en la herencia funda su orgullo; ó robó el miserable, y en el crimen finca su gloria.